

El día que llegó la carta que iba a cambiar su vida, Alina Zak tropezó en la calle y cayó en un charco de agua estancada. Lo que podría no haber sido más que un episodio desafortunado y algo repugnante acabó teniendo una importancia crucial, ya que, si su ropa no hubiese quedado manchada por ese líquido oscuro, habría leído la carta mucho antes.

Cuando, meses más tarde, intentó reconstruir en su memoria el orden de los acontecimientos y definir el momento preciso en que su prolijo mundo se había hecho trizas, ese fue el primer recuerdo: el asco. La sustancia aceitosa que cubría sus pantalones y zapatillas le produjo un asco que se impuso incluso al hambre feroz que traía desde el colegio. Por eso, al llegar a su casa levantó los sobres que encontró junto a la puerta para evitar que se mancharan y los depositó sobre la mesa de la cocina. En situación normal, el que tenía sello de Sudáfrica habría llamado su atención de inmediato, pero solo estaba pensando en cambiarse cuando tiró encima de los sobres una revista que también habían dejado en el umbral. Inmediatamente después se desembarazó de parte de su ropa y su calzado y caminó de puntillas hasta el baño, dejando un rastro negro a su paso.

Una vez que logró sacarse la suciedad y el olor de encima, el hambre reapareció punzante, lo que la llevó de vuelta a la cocina. Pero ya había olvidado los sobres. Mientras esperaba a que se calentara la comida, bajó del estante más alto la lata de galletas, la apoyó sobre la revista que los cubría y dio cuenta de parte de su contenido. No se molestó en volver a colocarla en su lugar.

Así fue como las noticias que estaban a punto de hacer explotar la rutina de toda la familia quedaron sepultadas bajo la factura del teléfono, una revista intrascendente y una lata de galletas semivivía.

Quizás, si hubiera leído antes la carta, la habría relacionado con ciertos hechos extraños que empezaron a suceder. O quizás no, porque los primeros signos no fueron muy evidentes. Nada le resultó particularmente notable hasta esa noche cuando, antes de acostarse, miró una vez más por la ventana hacia la casa de su amiga Paula. Había una luz suave: tal vez ella aún leía. Tomó los binoculares de su escritorio y observó. Las cortinas de su ventana estaban echadas y no se percibía ningún movimiento. Ya no habría oportunidad de hablar esa noche. Recorrió la calle con la vista. En ese momento las luces del kiosco de la esquina se apagaron; el dueño colocó el candado en las rejas y luego se subió a su auto. Al lado, había un muchacho con una gorra oscura. Alina lo estaba observando cuando el sonido del teléfono la sobresaltó.

En su casa casi nunca sonaba el teléfono. Solo llamaba Paula o muy esporádicamente sus abuelos, y jamás a las once de la noche. Abrió la puerta de su habitación y caminó con pasos rápidos hasta la sala, sin encender la luz. Sus padres a esa hora ya dormían.

-¿Hola?

-¿Es la casa de Elisa Blanco?

Era una voz masculina que sonaba insegura.

-Sí. ¿Quién es?

Al otro lado hubo silencio.

-¿Quién es? -insistió Alina.

El clic en la línea le indicó que habían cortado. Una sensación de frío le recorrió el cuerpo. ¿Quién podía ser ese que conocía tan poco a su madre como para llamarla por teléfono? Durante unos momentos se quedó paralizada, con el auricular en la mano. Mientras lo depositaba en su sitio oyó que el motor del ascensor se ponía en marcha. Caminó hasta la puerta y escuchó claramente que el ascensor se detenía en su piso. Tenía las manos transpiradas cuando apoyó un ojo en la mirilla. No vio nada. Segundos después, el ascensor volvió a moverse. Alina esperó hasta que su corazón redujo el galope al que se había lanzado y decidió hacer una rápida comprobación antes de volver a la cama. Puertas y ventanas tenían los pestillos bien echados y en la cocina todo parecía en orden, salvo un grifo que tuvo que ajustar porque goteaba. Plácido dormía echado en su manta y ni siquiera se inmutó cuando pasó junto a él. Lo tocó con la punta del pie en el lomo y solo entonces levantó un poco la cabeza.

-Qué perro inútil.

El animal soltó un suave quejido. Difícil saber si era una respuesta o aún soñaba. A poco de llegar a la casa había demostrado que era inservible como guardián. El objetivo de comprar el ovejero alemán había sido que avisara a sus padres si algo sucedía y cuando advirtieron su absoluta ineficacia ya se habían acostumbrado demasiado a sus siestas permanentes bajo la mesa y a sus accesos de cariño baboso para desprenderse de él. 'No será guardián, pero acompaña', había argumentado la madre de Alina, y aunque no lo devolvieron sí le cambiaron el nombre. Inicialmente le habían puesto Orejas -una muestra del peculiar sentido del humor de su padre- pero luego optaron por algo más acorde a su naturaleza: Plácido.

Nadie hubiera dicho que Alina era una persona particularmente temerosa o inmadura. Más bien al revés: para sus catorce años mostraba una independencia y capacidad de decisión que solían sorprender a la gente. Pero la noche era algo diferente, el momento en que todos sus fantasmas se liberaban y la dejaban a merced del miedo. Aquella noche, mientras volvía a atravesar el pasillo hacia su dormitorio, imaginó lo que podría haber sucedido si alguien hubiera querido entrar. Tal vez ella habría gritado, pero en vano, porque no la iban a oír. El tipo podía haberla atado mientras se dedicaba a desvalijar la casa. Y quizás su corazón acelerado fallaba y quedaba tirada allí, gimiendo un llamado de auxilio, sin que nadie se enterara. Eran ideas completamente idiotas, lo sabía. Solo había sonado el teléfono, ella tenía una salud excelente y no era nada probable que una persona de su edad sufriera un ataque cardíaco. Pero no podía evitar pensar ese tipo de cosas.

Siempre había sido así. A la noche, ella se sentía el verdadero perro guardián: aun cuando dormía estaba alerta. El más mínimo ruido la despertaba, bastaba el crujido de un mueble para que se aceleraran los latidos de su corazón. Era una sensación agotadora y a la vez imposible de combatir. Sentía que en las noches todo dependía de ella: si había un incendio y debían abandonar la casa, si alguien llamaba para anunciar alguna emergencia, si entraban ladrones: solo ella se iba a enterar. En realidad nunca había sucedido nada de eso, pero en teoría era posible, y esa posibilidad le quitaba el sueño. La primera vez que se lo dijo a su madre, hacía ya muchos años, ella se limitó a sonreír y a decirle que durmiera sin preocuparse, que ya se enterarían si algo malo pasaba. Se lo dijo en lengua de señas, como siempre.

*De alguna forma nos enteramos si pasa algo. Quedate tranquila.*

Tranquila, repitió con su mano: una palma abierta que bajaba por su pecho, como una caricia. Pero Alina no estaba tranquila. Su insistencia logró que instalaran en el pasillo una llave que encendía la luz de la habitación de sus padres. Así, si necesitaba

llamarlos en mitad de la noche, podía hacerlo sin tener que ir hasta su dormitorio, prendiendo y apagando la luz. Una vez le preguntó a su madre cómo había hecho cuando ella era un bebé y lloraba por las noches. Con un hilo, le respondió, porque no tenían ninguno de los aparatos modernos que se vendieron después. Un hilo entre las dos manos.

*Una punta en tu muñeca y la otra en la mía. Así, si te movías en la cuna yo me despertaba.*

A veces a Alina le parecía recordarlo: ese hilo delgado que las unía y que cualquier movimiento demasiado brusco corría el riesgo de romper. Pero claro que no podía acordarse, si solo tenía unos meses. Seguramente se lo habían contado y la imagen se le había pegado como si fuera un recuerdo propio. Hubiera querido que el hilo siguiera entre ellas mucho tiempo, pero cuando la mudaron de habitación solo tuvo sus pies para llegar al cuarto de sus padres si los necesitaba. A los tres o cuatro años habían venido las noches de terror, con pesadillas que la despertaban bañada en transpiración y lanzando unos gritos que nadie oía. Recordaba una especialmente mala, en medio de una tormenta, cuando había corrido a meterse en la cama de sus padres porque un monstruo horrible la observaba junto a la ventana. Su madre encendió la luz para verle las manos agitadas.

*¿Cómo era el monstruo?*

*Tenía muchos ojos y muchas orejas.*

*¿Muchas orejas? Entonces debía de oírlo todo.*

Después la abrazó y le dijo que podía dormir ahí, que nada iba a pasar. Y aun así, a Alina le costó retomar el sueño porque pensaba que el monstruo de muchas orejas podría volver y solo ella iba a oírlo

Ahora el recuerdo de ese monstruo le causaba gracia, pero la sensación de zozobra no había abandonado sus noches. Ser hija de sordos la había convertido en alguien diferente en muchos sentidos. Había aprendido a hablar con señas antes que con la voz y todavía algunas veces, cuando necesitaba transmitir algo muy especial, sentía que sus manos podían decir más que su boca.

También leía asombrosamente bien los labios. Su 'poder', lo llamaba Paula, pero ella se reía de ese nombre.

-Ni que fuera un superhéroe, Paula.

-Pero es algo especial, no digas que no.

Le molestaba cuando en el colegio le preguntaban cómo había hecho para aprenderlo.

-¿Acaso ustedes saben cómo aprendieron a hablar?

No había hecho nada, simplemente había sucedido. Muchos hijos de sordos saben leer los labios, insistía. En parte se lo debía a su padre, que a menudo se limitaba a mover los labios sin sonido. A él no le gustaba usar su voz, nunca le había gustado, pero aun cuando usaba señas modulaba con la boca, tal como le habían enseñado en su infancia. Los ojos de Alina se pegaban a esos labios que decían todo, o nada, según quién los mirara.

-Pero no es solo la boca -explicaba a veces, cuando los otros persistían en sus preguntas-, sino la expresión, la posición de las cejas, los ojos, la forma de colocar el cuerpo: todo ayuda a entender. Más que leer los labios, es como leer a una persona entera.

Sabía que algunos la miraban como un bicho raro. En la escuela primaria veía cómo varias compañeras le daban la espalda cuando querían decirle algo a otra en susurros. Como si temieran que les arrancara un secreto.

Antes de acostarse volvió a tomar los binoculares y echó una última mirada. En la casa de Paula ya no se veía ninguna luz. Enfrente, el muchacho que había visto antes seguía parado junto al farol. Enseguida volvió a mover los binoculares y se concentró en una pareja que caminaba apretada en un abrazo. Él le decía algo al oído y la chica reía. Decidió dejarlo: era hora de ir a la cama.

Pero esa noche le costó dormirse y, cuando finalmente lo hizo, el temor se le coló en el sueño. Sus pesadillas ya no estaban pobladas por monstruos, sino por ruidos. Como en un juego de cajas chinas, en el sueño ella intentaba dormir. No lo lograba porque una y otra vez la despertaban sonidos inquietantes: crujidos de la madera, un roce tenue de telas, alguien que caminaba muy cerca, de puntillas, casi sin tocar el piso. Recién cuando empezaba a clarear logró abandonarse a un sueño profundo y silencioso.